

Pistas

Mabi Revuelta

“Ver y oír son las únicas cosas nobles que contiene la vida. Los otros sentidos son plebeyos y carnales. La única aristocracia es no tocar nunca. No acercarse: he ahí lo que es hidalgo”_Pessoa

Una caricia no demasiado atenta a cualquier piel revela la distribución por zonas más o menos espesas de unos filamentos que llamamos pelos o cabellos. La localización topográfica de los mismos, así como su longitud y características determinan la especie a la que pertenece el pelo, y en particular si éste es o no humano. Aunque hablar de pelo parece indicar una posición más próxima a lo animal: son las bestias las que lucen pelaje, en tanto que las *personas* poseemos vello -repartido por el cuerpo- y cabello cuando éste se dispone en la cabeza. Sin duda son los términos que el Ser Cultural ha podido encontrar más poéticos para oponerse al hecho de ser también salvaje en su condición.

La experiencia de lo táctil aparece estrechamente relacionada con la pulsión erótica. De la imaginación al mercado del fetiche, los escaparates de consumo nos ofrecen inventar una vez más nuestro aspecto mediante revestimientos epidérmicos que convierten botas, zapatos y otros complementos en pistas de lo animal. Son aproximaciones culturales recreadas desde el asfalto con la mirada puesta en un zoco de lujo. Espacios mestizos e inquietantes donde se generan altas dosis de peligro y atracción por el objeto del placer y la seducción. Lugares que se visualizan desde la posibilidad de relacionar el erotismo con la fuerza bruta. El amor y la violencia son los protagonistas de esta historia.

¿Quién puede resistirse, entonces, a la tentación del tacto de un gato como el tigre de Bengala, ese diablo rayado o moteado que aun entre las rejas del zoológico no olvida el sabor de la carne humana?

Iguals apariencias, idénticos comportamientos. Añoro unas sábanas que hacen aguadas como de cebra, y adoro también mis zapatos de leopardo. Al fin y al cabo, una piel vista a otra. La disfraz.